

Un hombre existe porque existen otros. El remordimiento no le permite pensar en nada más. Cierra los ojos. Se le cierran.

Dentro de veinte años, Gabi o alguna otra persona le entregará a su hija la carta que él escribió días atrás. Su herencia. Se puede heredar cualquier cosa. Dentro de veinte años hará veinte años de su muerte.

Traductor. Ha traducido de todo. Catálogos y prospectos. Gestos y acciones. Miedos. Miradas. Muchos libros. Recuerda mejor los libros que ha traducido que las mujeres a las que ha besado.

No sabe rezar. Repite fragmentos de novelas. Las novelas también son libros de oraciones. Sonríe. Con los ojos cerrados. Libros de oraciones. Le ha parecido gracioso.

Dentro de veinte años su hija tendrá veinticinco y recibirá la carta. Se ha esmerado al escribirla. *Querida hija mía, tú no me conoces, pero estoy seguro de que harás lo que te pido desde la muerte. Las palabras me han traído hasta aquí; con las palabras se ofrece y se promete, con las acciones se cumple.*

Tal vez si hubiese sido creyente no habría escrito ninguna

carta. Le habría bastado con una confesión, una charla con uno de esos escarabajos negros capaces de fabricar disculpas. Padre, he pecado, he hecho algo terrible, me arrepiento, dígame que puedo morirme tranquilo, deme la paz que no tengo, perdóneme. Pero Enzo no sabía o no podía creer y pensaba que con la muerte llegaba la muerte. Completa y entera. Perfecta. Y esa certeza agravaba el estado de su conciencia.

El declive, moral y físico, había empezado cuatro meses antes. Nada más. Los cuatro meses más cortos de su vida. También los más largos. Los últimos cuatro meses de su vida. Y expresarlo de esas tres maneras no era una traducción. Traducir era decir lo mismo con palabras diferentes y no cosas distintas con las mismas palabras.

Había ido a la consulta del doctor Bruj como quien va a una partida de póquer, pensando que todo sería cuestión de jugar bien las cartas. Y tenía claro que a los cuarenta y cuatro años las cartas que llegaban eran siempre ganadoras.

Le abrió la puerta el propio doctor Bruj, protegido por unas antiguas gafas redondas de montura metálica dorada y cristal grueso. A Enzo le disgustó que no fuera Carlota quien saliese a recibirlo y pensó que era por culpa del episodio sexual que habían tenido hacía dos semanas, durante tres días seguidos, después de los cuales no había vuelto a llamarla. Enzo nunca repetía.

Pasa, pasa, Enrique, le dijo el doctor Bruj, que siempre lo llamaba por el nombre que aparecía en su carné de identidad. Le debía de parecer más serio o más verosímil o bien era de los que solo tenían en cuenta la letra impresa. Pasa, Enrique, te esperaba. Un tópico, pensó entonces Enzo. Decir te esperaba

era un tópico, y también lo que agregó: hace calor, ¿has venido en coche?, siéntate, ¿quieres tomar un café, un té? Pero el doctor Bruj nunca había soltado tantos tópicos, nunca lo había invitado a un café, nunca había sido tan cortés. Enzo pensó que estaba molesto porque su paciente se había enrollado con la secretaria. Especuló incluso con la posibilidad de que el médico y la chica fueran amantes, pero concluyó que en ese caso la amabilidad no era la reacción más comprensible y que algo más habría. En aquel instante por primera vez tuvo miedo de que las cartas que le llegaban no fueran tan buenas ni tan ganadoras, así que para distraer el ahogo se desabrochó un botón de la camisa, blanca. Después de quitarse la americana, de cuero negro, se sentó o mejor dicho se dejó caer en la butaca que le señalaba el médico, se miró la punta de las botas, negras también. Descubrió que una estaba sucia, de polvo, y se la frotó enseguida contra la tela vaquera de los pantalones.

Mientras, el médico cerraba la puerta, se sentaba frente a él y esperaba, en silencio, a que él acabara con lo que estaba haciendo, es decir, intentar recordar el nombre de la autora de un libro de cuentos que había traducido hacía años, en el que aparecía un relato titulado «Azulejos amarillos» sobre un tipo que no quería ir al médico a recoger los resultados de unas pruebas y enviaba a su esposa para que lo protegiera de la verdad. Enzo no podía enviar a nadie, no tenía pareja, nunca la había tenido. Enzo tenía algún amigo, un amigo, Víctor, y también tenía a Gabi, aunque a Gabi no la tenía ni Gabi lo tenía a él; allá iban los dos por la vida, Gabi y él, y la niña, claro, la hija de Gabi pero también suya, aunque hubieran acordado desde an-

tes de que existiera que suya no, que suya de ninguna manera. Habían pasado cinco años desde su nacimiento.

Andrea Mayo, le dijo Enzo al doctor Bruj antes de permitir que empezara a hablar, y el doctor Bruj lo miró por encima de las gafas con cara de qué dice éste ahora, de qué habla. Enzo le aclaró que se trataba del nombre de una autora a la que había traducido años atrás, que había estado pensando en ella y que se había acordado justo en ese momento de cómo se llamaba, que no le hiciera caso, que sí se tomaría un poco de agua, fresca si fuera posible. Carlota, llamó entonces el médico por teléfono a la secretaria, Carlota, por favor, podrías traer un botellín de agua para Enrique, sí, gracias, para mí un café, gracias, te esperamos, y no dijeron nada más hasta que Carlota apareció por la puerta y Enzo comprendió, inquieto, que no había ninguna relación entre el médico y la chica, peor todavía, que la chica lo miraba con conmiseración, sin asomo de reproche; al revés, esquivaba su mirada, recorriéndolo con la vista como se pasa un trapo del polvo por un mueble.

No tengo buenas noticias, Enrique, dijo el doctor Bruj, y Enzo pensó que solo le faltaba una letra para convertirse en brujo y que un brujo era un hombre que en ciertas tribus llevaba a cabo prácticas rituales y administraba conocimientos empíricos diversos, sobre todo de medicina, y se suponía que dominaba fuerzas sobrenaturales que tenía la capacidad de conjurar de un modo mágico, y que eso tenía que servir para algo. Espere, doctor, vayamos por partes, quiero decir, no me asuste, pero dígame la verdad. Si te digo la verdad, te asustaré, respondió el médico. Enzo bebió un trago de agua directa-

mente de la botella. No puede ser, repitamos las pruebas, se defendió antes de escuchar el diagnóstico. Volvamos a mirarlo, yo me encuentro bien. Si te encontraras bien no habrías venido a la consulta, Enrique. Viniste preocupado y tenías razones para estarlo, ahora queda demostrado. Espere, espere. No hay nada que esperar, lo siento.

Tal vez las cosas no habían ido exactamente así, pero así las recuerda Enzo, igual que recuerda que a la salida llamó a Víctor y le espetó, sin rodeos, me estoy muriendo, tío, he pringado, las pruebas han vuelto a dar lo mismo, no ha valido de nada que me salvaras la vida, solo ha sido una prórroga, tenía que morirme joven y lo voy a hacer. Y entonces Víctor le dijo, *come on*, Enzo, no digas majaderías, si hace falta volveré a salvarte la vida, hey, te llamo más tarde o a lo sumo mañana, voy a buscarte y nos vamos a comer juntos, lo arreglaremos, ya verás.

Nunca se habría hecho amigo de Víctor de no ser porque, casualmente, lo había salvado de morir de una manera ridícula en el bar de la universidad cuando, en plena discusión y enfurecido por unas ideas contrarias a sus principios, se había puesto de pie para rebatirlas a la vez que se metía una aceituna en la boca, con tan mala suerte que la garganta se le abrió para hablar justo cuando se disponía a tragar y empezó a ahogarse. Víctor estaba allí cerca, intentando seducir a una chica y, probablemente para impresionarla, se precipitó hacia Enzo, a quien no conocía ni de vista, y le practicó la maniobra de Heimlich, un golpe contundente bajo las costillas que le permitió, por un lado, salvar la vida del hombre y, por otro, cautivar a la mujer y llevársela a la cama. Un hombre, Enzo, que a partir de ese

momento se convirtió en una mezcla de admirador incondicional y amigo fiel, y una mujer, Rosa, que años más tarde sería la esposa de Víctor y madre de sus hijas.

Enzo y Rosa habían comentado, en una ocasión en que se habían reunido a comer los tres juntos, que Víctor era tan calculador que incluso de aquel episodio fortuito había obtenido beneficios. En aquella época tenían veinte años y toda la vida por delante.

Víctor tardó unos cuantos días en llamarlo, pero finalmente se vieron. Enzo pensó que no debía de saber qué cara ponerle. Me quedan cuatro meses, le dijo mientras subía al coche que el amigo había detenido justo delante de él. Le dio la sensación de que se trataba de un nuevo modelo, otra vez un deportivo impresionante. ¿Has vuelto a cambiar de coche? Pero Víctor ya había iniciado la marcha y le preguntaba a gritos, lanzando las palabras por encima de la música como pelotas de tenis que tuvieran que superar una red, si el doctor Bruj era o creía ser lo bastante competente como para sentenciar vidas, y le proponía, también a gritos, ir a ver a la Barrachina, una de las mejores especialistas, que le debía algunos favores. La gente siempre te debe algo, Víctor, no sé cómo te lo montas, pero tienes a todo el mundo endeudado contigo. Y no, no quiero ver a más médicos. *Come on*, es mejor que la gente te deba favores que dinero, siempre te lo digo; los favores no tienen precio pero tienen valor: se van amortizando durante toda la vida, pero qué te voy a contar a ti sobre cosas que se pagan toda la vida, ¿no? Y se rio con tanta fuerza que su voz consiguió atenuar la música ensordecedora que salía del equipo. Enzo adivinó de inmediato que iban al Comala, uno de los restaurantes

más caros de Barcelona. No es necesario tanto lujo para un moribundo, dijo. Tú te lo mereces, aseguró Víctor, y además tengo que ver a alguien allí; después iremos a tu casa, hay algo que me gustaría hablar contigo, tengo problemas.

En el Comala lo esperaban un par de hombres con traje y corbata, indumentaria idéntica a la de Víctor, que se apartó de Enzo para intercambiar unas palabras con ellos, recibir un sobre, entregar una carpeta, estrechar manos, atender una llamada, volver a estrechar manos, despedirse con inclinaciones de cabeza. Desde que era presidente de una de las entidades bancarias más potentes del país, Víctor vivía dedicado a negocios que nunca se llevaban a cabo en los despachos sino en los restaurantes, en los campos de golf, en los pantalanos de los puertos.

Cuando iban por el postre, aún no le había preguntado por el diagnóstico del doctor Bruj. No lo haría nunca. A buen seguro porque lo consideraba una sentencia de muerte irremediable. Le había contado, eso sí, que a veces tenía ganas de mandarlo todo a paseo y de irse muy lejos a rehacer su vida, que parecía mentira cómo pasaban los años, que nunca había pensado que llegaría tan lejos, que se sentía responsable del cargo que ocupaba, que tenía la obligación de preservar su imagen y que eso lo sometía a una tensión continua, que la carga de las responsabilidades familiares era estresante, que sus hijas e incluso su mujer lo tenían en un pedestal del que no podía caerse. Todos te tenemos en un pedestal, le dijo Enzo. Tú te lo has buscado, añadió.

Enzo se cansa de recordar y vuelve a la habitación que le han asignado en el hospital. Siente que la respiración se le entrecorta; intenta apretar el interruptor para llamar a la enfer-

mera, pero no alcanza. Quiere otro calmante. Tendrá que esperar a que aparezca para cambiarle la bolsa del suero. Una de las dos que gotean en sus venas. Dos, tres días, ya no queda tiempo. Se ahoga. No ha vuelto a ver a Víctor, no ha hablado nunca más con él, ni siquiera por teléfono. Piensa que, si hubiese estado a su lado, no habría necesitado escribirle una carta a la hija. *Hija, lo que he hecho, lo sé, no forma parte de ti; lo que hice y nunca tendría que haber hecho fue producto de la desesperación.*

¿Quién dice que morir no da un miedo que descalabra?

Víctor tendría que haberle permitido asfixiarse con la aceituna. Aquel abrazo con que lo había salvado se había convertido en una hipoteca que no podía pagar. ¿De qué sirve que te digas esto ahora?, se recrimina. En el lecho de muerte, imbécil, la has pifiado, inútil, no lo habías hecho tan mal, podrías haberte muerto tranquilo, nadie se imagina lo importante que es morir tranquilo.

A Gabi, la madre de la niña, la había conocido siete años antes. Era editora. Lo había llamado para una traducción. Alguien me ha recomendado tu trabajo, le dijo, me aseguró que eras muy bueno y he comprobado que es cierto, he leído el último libro que has traducido, un trabajo espléndido, ¿cómo vas de tiempo? Enzo se sintió halagado. Quedaron para el día siguiente. Le resultó atractiva nada más verla. Enérgica, elegante, delgada, atlética, voz fuerte, gestos decididos. Cuando entró en el despacho, Gabi hablaba por teléfono sentada tras el escritorio, de madera oscura y enterrado bajo una cantidad incontable de papeles, catálogos y objetos de la más diversa índole, como un pie metálico en el que se enganchaban clips, un bote lleno

de lápices, un cenicero en el que humeaba todavía un cigarrillo, un par de teléfonos móviles, una caja de chocolate y tres tazas de café vacías. Le indicó con un gesto que se sentara, que tenía para unos minutos. Enzo se quedó de pie. Se fijó en las estanterías, repletas de libros, tantos que ya no cabían. Pensó que le gustaba ese desorden, que le resultaba familiar, acogedor. Quizá porque le recordaba al caótico despacho de su madre, abogada, desaparecida en un accidente de avión rumbo a Buenos Aires, adonde había decidido viajar para asistir al entierro de la abuela. Enzo tenía veintiséis años y era hijo único. Su madre decía que el miedo a volar era sinónimo del miedo a amar; estaba en terapia desde hacía unos cuantos años y Enzo pensaba que esa sandez la había sacado de la analista. Al fin había querido superar el miedo a volar para reencontrarse con el cariño y con el odio que sentía por la abuela. Y tropezó con la muerte. Desde entonces, Enzo no tenía miedo de nada. Al contrario, en su actitud desafiante había un punto de fanfarronería.

Gabi colgó el teléfono, se levantó, le tendió la mano, se la estrecharon, buscó entre algunos originales apilados por el suelo y encontró el que buscaba, ochocientas páginas, pesaba, se lo alargó. Espero que te interese, le dijo, nosotros estamos entusiasmados, te lo miras y nos dices algo; lo necesitamos para finales de año. Enzo recogió el libro con su sonrisa más seductora, la miró a los ojos y cuando estaba a punto de invitarla a cenar aquella misma noche, Gabi le espetó, con una sonrisa que triplicaba la potencia y la seguridad de la suya, soy lesbiana, olvídalo.

Al cabo de tres días Enzo la llamó para decirle que acepta-

ba el encargo. Un año más tarde, cuando ya había entregado el trabajo y no había vuelto a ver a Gabi desde aquella primera vez, ella le telefoneó para citarlo, pero no en la editorial; le dijo que lo invitaba a cenar, que tenía que hablar con él. Enzo respondió aclarando que invitaba él y que pasaría a recogerla el viernes a las nueve por su casa. Le pidió a Víctor que le prestara el coche y dinero, que el coche se lo devolvería enseguida y el dinero en cuanto cobrara una traducción que le debían desde hacía unos meses. Enzo no imaginaba entonces cómo su deuda se iba acumulando ni que llegaría el día en que tendría que pagarla toda de golpe.

Gabi no quedó impresionada ni por el coche de Víctor ni por el restaurante. Tampoco por la apariencia de Enzo, que en general llamaba la atención de las mujeres: muy alto, moreno, de ojos verdes y cabello negro azabache, atlético. No esperó ni al primer plato para hablar de sus intenciones y, después de pedir disculpas por haber sido poco clara y haber creado falsas expectativas sobre aquel encuentro, pasó sin más dilación a su objetivo. Gabi quería que Enzo fuera donante. Y ante la mirada atónita de Enzo, aclaró: de semen. Ella y su pareja habían decidido tener un hijo y, después de estudiar diversas posibilidades, habían decidido que preferían a un conocido casi desconocido; en ese caso, él.

Enzo sonrío con los ojos cerrados y respira hondo. Entra una enfermera, ¿quieres un calmante?, le pregunta, y él asiente, no habla, no quiere oír su voz, no quiere oír nada que no sea imprescindible, ha prohibido las visitas, tampoco habría hecho falta, la única persona que ha ido a verlo, allí y antes en su casa, ha sido Gabi, sin la niña, dos veces. Víctor, en cambio,

había desaparecido a partir del día de la comida en el Comala, en cuanto le hubo pedido lo que quería a cambio de haberle salvado la vida. Si tienes que morirte, que sirva para algo. Práctico. Contundente.

Gabi lo había dejado muy claro: no quiero un padre. Se lo había dicho con total rotundidad. Él no lo dudó. Enzo estaba a favor de las experiencias. Hoy, hoy, hoy, era el pensamiento que lo acompañaba cada día. Siempre había dicho que era mejor hacer que no hacer. Y al final cambiaba de opinión, justo antes de morir. Era incuestionable que la proximidad de la muerte alteraba muchas convicciones.

Acabaron de cenar mientras hablaban de literatura, de traducciones buenas y malas, de autores y vanidades, de fobias y aficiones. Cuando Enzo la acompañó a su casa y le dijo que el coche no era suyo, que la cena la había pagado con dinero de un amigo, que se sentía ridículo y que quizá, teniendo en cuenta lo que acababa de confesarle, no fuera el donante más adecuado, Gabi le pidió que buscara un día de la semana siguiente para hacer lo que había que hacer, que una amiga suya, médica, prepararía lo necesario en su clínica y que gracias por decir que sí.

El día de la donación había sido el último en que se habían visto hasta hacía un mes escaso, cuando Enzo, derrotado y culpable, la había llamado para decirle que se estaba muriendo y para pedirle un favor a cambio del que él le había hecho seis años antes. ¿Puedes venir a mi casa? No me encuentro bien, estoy débil. Gabi, preocupada, aceptó. No se había interesado por saber qué había sido de la vida de Enzo. Había tenido noticias suyas a través de conocidos comunes del círculo literario,